



VISTO POR UNAMUNO

UNO de los aspectos más extensos, originales y peculiares de la vasta producción literaria de Unamuno, lo constituyen sus abundantes trabajos sobre temas hispanoamericanos. Ello es debido en parte, sin duda alguna, al hecho de que don Miguel escribió mucho para América, pudiendo contarse por millares sus trabajos periodísticos y ensayos que vieron la luz en publicaciones americanas en lengua española; pero además Unamuno tuvo siempre una gran curiosidad por todas las cosas concernientes a las stirpes hispánicas del Nuevo Mundo, por sus problemas sociales y políticos, históricos y literarios. Sus "Ensayos", así como sus recopilaciones de artículos más célebres, que circulan bajo los títulos de "Soliloquios y conversaciones" y "Contra esto y aquello", están llenos de asuntos americanos, que el rector de Salamanca fué uno de los primeros españoles en abordar con abierta comprensión basada en un gran cariño: cariño, hijo del amor, que sentía ardorosa y violentamente hacia España, hacia la patria que le dolía —según frase suya archisabida— como una víscera más.

No habla muchas veces Unamuno de ese gigante del mundo hispanoamericano que fué Simón Bolívar; pero, cuando lo hace, pone en sus palabras una simpatía y una admiración muy singulares; y en una ocasión llega a publicar un artículo titulado "Don Quijote y Bolívar" (recogido en la colección "Soliloquios y conversaciones"), por obra y gracia del cual entra la figura del Libertador a formar parte del selecto grupo de personajes que se levantan como verdaderos hitos jalonando las más altas cumbres que el tema humano alcanza en la producción unamuniana.

La lectura de la célebre "Historia Constitucional de Venezuela", de Gil Fortoul, es la que da a Unamuno coyuntura para hacer este parangón entre la figura del Caballero manchego y la del Capitán de la independencia hispanoamericana, siendo de notar que no es éste el único trabajo que dicho libro le inspira: hay otro, muy notable por cierto, titulado "La ciudad y la patria", y aparecido en la colección "Contra esto y aquello", en el cual estudia muy certeramente el fenómeno de la pluralidad de Repúblicas en Hispanoamérica, derivándolo del papel desempeñado en el continente americano por las ciudades: centros en torno a los cuales giraba, y sigue todavía girando, la vida social (política, económica, cultural y administrativa) de vastas regiones, que han ido así convirtiéndose en naciones diferenciadas —aunque nunca con características nacionales a la manera como estas últimas se entienden en Europa.

El parangonar a Bolívar con don Quijote supone, en haciéndolo Unamuno, un concepto altísimo de la figura del Libertador. En efecto: sabido es que don Quijote constituye para nuestro escritor algo más que un gran personaje literario; algo más, incluso, que uno de los "cinco grandes mitos de la literatura occidental" (para emplear la expresión de Ramiro de Maeztu). Unamuno trata al Caballero de la Triste Figura como a un héroe perteneciente al patrimonio colectivo del genio hispánico, y ello en forma mucho más singular que cualquier otro autor español, ya que afirma taxativamente que Cervantes era un ingenio muy por debajo de las condiciones requeridas para narrar la vida de héroe semejante, y para narrarla tal y como lo hizo, por lo que —afirma— el truco de recurrir a Cide Hamete Benengeli es cosa menos fantástica de lo que generalmente se supone, y ha de ser entendido, como explicación de una especie de estado demoníaco, que permitió a Cervantes rematar una empresa muy por encima del alcance de sus facultades creadoras. El verdadero autor del Quijote es, según Unamuno, el genio de la raza española, de cuya filosofía y de cuya teología nacionales es el Manchego paladín esforzado frente al humanismo racionalista del Renacimiento y frente al cristianismo heterodoxo del protestantismo (tesis desarrollada en el epílogo del "Sentimiento trágico de la vida").

Pero hay más aún. Hay que Unamuno escribió un maravilloso libro en prosa titulado "Vida de don Quijote y Sancho", en el que interpreta la figura quijotesca con fuerza y originalidad tales, que a veces hace de él una auténtica obra de creación. Ello, unido a su doctrina estética, según la cual todo contemplador crea a su vez la obra de arte —la recrea, al recrearse en ella—, hace que don Quijote sea considerado por él no ya como un producto del arte ajeno, sino del propio, y ello en virtud de tres





ARRIBA: MONUMENTO QUE LA CIUDAD DE EIBAR (GUIPÚZCOA), LEVANTÓ EN MEMORIA DE BOLÍVAR.—ABAJO: CLAUSTRO DE LA COLEGIATA DE CENARRUZA, PUEBLO VIZCAÍNO, EN EL QUE NACIERON LOS ANTEPASADOS DEL LIBERTADOR.—ABAJO, A LA DERECHA: ESTATUA ECUESTRE QUE EN CARACAS (VENEZUELA) RECUERDA A SIMÓN BOLÍVAR.



razones: primera, la pertenencia de Unamuno al alma colectiva española engendradora del personaje; segunda, el haber recreado mil veces a este último en larga, ferviente, amorosa y fecunda contemplación, y tercera, el haberlo convertido en protagonista de una obra literaria suya que, aun cuando bordada sobre el cañamazo del libro cervantino, puede calificarse de profundamente original y, en muchos aspectos, de auténticamente creadora.

La simpatía con que Unamuno mira a Bolívar arranca ya del hecho de su comunidad de sangre. Ambos son vascos: Unamuno, natural de Bilbao, es oriundo por su stirpe de la villa de Vergara, en Guipúzcoa; Bolívar, aunque nacido en Caracas, trae su sangre del barrio de su nombre: Bolívar, en el término municipal de Cenarruza, en Vizcaya. Hace unos años, pasando por allí, tuve ocasión de ver el pequeño monumento conmemorativo del Libertador, erigido en el centro del lugarejo enclavado en un agreste paisaje montañoso: sencilla lápida que recuerda la oriundez del héroe, y que supongo seguirá allí. Unamuno exclama en su artículo "¡Cuántas veces, en un verano que pasé cerca de Cenarruza, no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería a Santiago de Compostela, a contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!"

Recuerda igualmente Unamuno que Bolívar visitó Bilbao en 1801, con ocasión de hallarse allí su prometida. Tengo una idea de que en Bilbao se conserva, o se conservaba al menos no hace muchos años, la casa donde residió en aquella ocasión el futuro Libertador, e incluso de que se trataba de conmemorar su paso por la villa mediante la colocación de otra lápida; pero ignora en qué ha parado todo esto. Bilbao no ha colocado todavía lápida alguna, aunque sí ha dado el nombre de Simón Bolívar a una de sus calles.

A propósito de su esposa, cuya temprana pérdida arrojó a Bolívar a una vida agitada de viajes e inquietudes que culmina en su lucha por la libertad americana, dice Unamuno que María Teresa Rodríguez fue "la Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y una vez muerta, se le convirtió en Dulcinea, en la Gloria". (La identificación de Dulcinea con la Gloria es uno de los puntos de vista más originales y más fecundos que Unamuno utiliza para interpretar el Quijote; según él, el móvil que impulsó a don Quijote a su vida de caballero andante, fue el amor contenido e insatisfecho que en él se agitaba, provocado por la presencia de la campesina tobosana: "Si eras tan valiente ante todos, ¿no es porque fuiste cobarde ante el blanco de tus anhelos?... El ansia de inmortalidad no es sino la flor del ansia de linaje... ¡Cuántos pobres mortales inmortales, cuyo recuerdo florece en la memoria de las gentes, darían esa inmortalidad del nombre y de la fama por un beso de toda la boca, no más que por un beso en que soñaron durante su vida mortal toda!", leemos en la "Vida de don Quijote y Sancho".)

Se detiene luego Unamuno a destacar y apostillar otras analogías entre Bolívar y don Quijote: la frase de aquél, cuando un fraile atribuyó el terremoto de Caracas, de 26 de marzo de 1812, a castigo del cielo contra los revolucionarios americanos: "¡Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!"; sus palabras al plenipotenciario Gual, animándole a promover una expedición libertadora que conquistase Cuba y Puerto Rico, ¡para poder marchar luego sobre España con mayores fuerzas, si para entonces los españoles no habían perdido la paz!, empresa que cabe calificar de sueño quijotesco, como fue qui-



jotesco empeño el de fundar la Gran Colombia; las tristes reflexiones que llenan el período final de la vida del Libertador, "en que el héroe parece repetir con don Quijote: ¿no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos?... en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar". Rasgos todos estos que permiten a Unamuno afirmar que Bolívar fué "uno de los más fieles adeptos del quijotismo".

En apoyo del aserto recurre al testimonio del propio Libertador: a aquella su célebre frase, pronunciada en los últimos días de su vida y dirigida al médico que le asistía, sobre quiénes habían sido los tres mayores majaderos de la historia: "Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo." A lo que Unamuno comenta: "¡Qué gloriosa, qué divina es la majadería así!"

Abundando en este criterio, expone el escritor bilbaíno en otro pasaje un proyecto que no llegó a realizar: "Cuando vuelva yo a hacer otra edición de mi Vida de don Quijote y Sancho comentada y explicada, no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo." (Por cierto, que las reiteradas alusiones a la vida de San Ignacio en su "Vida de don Quijote", han sido varias veces echadas en cara a Unamuno, tomando como ofensa, o al menos burla irreverente, el parangonar un ente de ficción, loco por añadidura, con el glorioso santo fundador de la Compañía: actitud que implica escasa comprensión del pensamiento unamuniano, en el que la figura de don Quijote posee una grandeza sublime, no pudiendo en modo alguno haber interpretación peyorativa de comparación semejante. Consta además, por numerosísimos testimonios orales y escritos, que don Miguel era ferviente admirador de San Ignacio, a pesar de lo cual casi siempre manifestó antipatía hacia su Instituto; al que no supo —o no quiso— hacer justicia.)

Cabía, empero, dudar de la promesa de Unamuno, y dudar con buen fundamento, ya que ninguna de las reediciones de la "Vida de don Quijote y Sancho" contiene los anunciados pasajes de la vida de Bolívar. Relacionando siempre a este último con el Caballero de la Mancha, dice don Miguel más adelante: "Si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos." Mas, por lo visto, Unamuno nada tenía de Plutarco. Lástima, por esta vez al menos.)

La figura del Libertador no ha sido siempre, en España, objeto de tanta atención como merecía aquel coloso, hijo de nuestra sangre y de nuestro espíritu. Por eso resulta grato el hallar escritores que, como Unamuno en el caso presente, muestran interés hacia las distintas facetas de aquella personalidad gigante y se complacen en subrayar sus rasgos más específicamente hispánicos, exaltando la inconfundible españolidad de Bolívar, a quien una retórica fácil intenta pintar demasiado a menudo como afrancesado e hijo pródigo. Lo cierto es que Europa entera, España inclusive, estaba afrancesada por aquel entonces, siendo este afrancesamiento una moda que imponía la circulación de determinadas ideas políticas; pero, como moda, algo muy superficial, bajo cuyo velo tenue se transparentan y se acusan a la vista del más miope los rasgos típicos de los genios nacionales que no pierden nada de su sabor castizo y de su fuerza por el hecho de revestirse con ropajes tejidos, ciertamente, fuera, pero elaborados al fin y a la postre con materiales de común pertenencia occidental, como todos los grandes movimientos que (sea cual haya sido su tierra de origen) han teñido de colores bien definidos las grandes épocas de la historia europea.

En la independencia sudamericana influyeron no solamente la ideología de la ilustración afrancesada europea, sino también las doctrinas políticas de nuestros teólogos y el ejemplo de la independencia norteamericana, fuertemente influida a su vez (aunque fuese de modo indirecto) por las teorías del origen del poder desarrolladas por el inmortal Suárez. Podemos afirmar que la independencia americana fué hija de una larga obra de occidentalización realizada en aquel continente por los propios españoles que, durante siglos, estuvieron allí predicando la gran verdad de la igualdad de todos los hombres y el derecho fundamental de los pueblos a ser dueños de sus propios destinos dentro del orden cristiano. Por eso—añade este mismo autor—"puede muy bien ser, como doliente decía el propio Libertador, en Santa Marta, días antes de morir (9-XI-1830), que los que sirvieran a la Revolución política de Hispanoamérica hayan arado la mar; pero los teólogos, los juristas y los misioneros que fundaron las bases de cultura cristiana y la Iglesia católica en las Indias, crearon una obra impercedera mientras existan hombres que educar y almas que salvar". Cristiana y española, por su raigambre temperamental e ideológica, fué la independización de esas Españas americanas que son las Repúblicas de nuestra América; cristiana y española, y quijotesca por añadidura (es decir: quinta esencia de lo español y de lo cristiano), fué la personalidad en quien aquella ingente empresa tomó cuerpo, la que le sirvió de principal Capitán y ha quedado para siempre como su símbolo.

"Poesía —concluye Unamuno—, poesía es la que rezuma la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma la historia de la emancipación de las Repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etcétera, y en las memorias de los caudillos de la Independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Lainez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes Gobiernos peninsulares, y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado a esto."

No todavía, cuando Unamuno escribía lo que antecede, hace aproximadamente cuarenta años; pero sí hoy. Hoy, desaparecidos muchos recales y resquemores —no por lamentables menos naturales ni menos comprensibles—, España piensa ya con verdadero orgullo, como en las propias, en las glorias de sus hijas del Nuevo Mundo, de las Españas americanas.

ELOGIO DE LA MUJER CUBANA

De la Habana a Camagüey,
de Camagüey a Santiago,
todo el bosque es dulce trago:
palma real, ébano rey.
Pero del oro de ley
de la madera, tu talle
árbol mejor es y valle
fértil del amor oscuro,
puerto de muerte seguro
después de andarte la calle.

De isla en isla comprobarte,
de puerto en puerto saberte,
y junto al agua tenderte
y acercarse a despertarte.
Ya no rama, sí baluarte
del mar, mujer, isla, loma,
tierra a que el fuego se asoma,
fuego en que el ángel perece,
ala que naufraga y mece,
noche y miel, una paloma.

De dónde a dónde buscar,
si antes la tierra y el ala,
si antes del viento la sala
y el lecho junto a la mar,
ahora el pez loco de atar
que, como tú deseado,
que como tú, de clavado
se vuelva al punto del beso,
ya casi en la mano preso
y aun en duelo alborotado.

Naranja sobrecargado
o pez del Viejo Canal
o gracia del pico real,
¿qué son, mujer, a tu lado?
Tierra ardiente, aire volado,
agua que llama a las naves,
voz que en un verso no cabes
o yo encerrarte no sé,
y te pregunto por qué,
y te callas, y lo sabes.

J O S É G A R C Í A N I E T O